

del condor y su prole, resuena en la inmensidad un crujido de hierro, del hierro de los picos que han chocado en la lucha de gigantes en la inmensa soledad de las rocas.

En «Las Montañas del Oro» apreciamos la audacia del poeta, que rompiendo aparentemente las cadenas de la versificación, echa a volar su pensamiento más osado todavía, por todo lo que hay de grande en la naturaleza. En «Los Crepúsculos del Jardín», es el enamorado que modela en bellísimas estrofas el amor frenético de la juventud. «El Libro Fiel» perfuma como un manojo de rosas empapadas de rocío; es un haz de recuerdos, de cantos inspirados en el amor del hogar; es el amor del hombre ya maduro; es el libro fiel a sus recuerdos, y que dedica a su esposa; hay que leerlo muy despacio, para saborear las dulzuras que encierra cada una de sus páginas.

Quien haya estado en una casa habitada por seres queridos que se encuentren ausentes, podrá sentir mejor el siguiente canto, que se refiere a esa sensación de vacío que se siente en la tristeza de una casa, habitada únicamente por la ausencia:

### CANTO DE LA ANGUSTIA

Yo andaba solo y callado  
 Porque tú te hallabas lejos;  
 Y aquella noche  
 Te estaba escribiendo,  
 Cuando por la casa desolada  
 Arrastró el horror su trapo siniestro.  
 Brotó la idea, ciertamente,  
 De los sombríos objetos:  
 El piano,  
 El tintero,  
 La borra de café en la taza,  
 Y mi traje negro  
 Sutil como las alas del perfume  
 Vino tu recuerdo,  
 Tus ojos de joven cordial y triste,  
 Tus cabellos,  
 Como un largo y suave pájaro  
 de silencio  
 (Los cabellos que resisten a la muerte  
 Con la vida de la seda, en tanto misterio)  
 Tu boca donde suspira  
 La sombra interior habitada por los sueños,  
 Tu garganta,  
 Donde veo

Palpitar como un sollozo de sangre,  
 La lenta vida en que te meces durmiendo,  
 Un vientecillo desolado,  
 Más que soplar, tiritaba en sople ligero.  
 Y entretanto,  
 El silencio,  
 Como una blanda y suspirante lluvia,  
 Caía lento.  
 Caía de la inmensidad,  
 Inmemorial y eterno.  
 Adivinábase afuera  
 Un cielo,  
 Peor que obscuro:  
 Un angustioso cielo ceniciento,  
 Y de pronto, desde la puerta cerrada  
 Me dió en la nuca un sople trémulo,  
 Y conocí que era la cosa mala  
 De las casas solas, y miré el blanco techo,  
 Diciéndome: «es una absurda  
 Superstición, un ridículo miedo»  
 Y miré la pared impávida,  
 Y noté que afuera había parado el viento.  
 Oh aquel desamparo exterior y enorme  
 Del silencio,  
 Aquel egoísmo de puertas cerradas  
 Que sentía en todo el pueblo.  
 Solamente no me atrevía  
 A mirar hacia atrás, aunque estaba cierto  
 De que no había nadie; pero nunca  
 Oh nunca habría mirado de miedo,  
 Del miedo horroroso  
 De quedarme muerto,  
 Poco a poco, en vegetante  
 Pululación de escalofrío eléctrico,  
 Erizáronse en mi cabeza  
 Los cabellos,  
 Uno a uno los sentía,  
 Y aquella vida extraña era otro tormento,  
 Y contemplaba mis manos  
 Sobre la mesa, que extraordinarios miembros!  
 Mis manos tan pálidas,  
 Manos de muerto.  
 Y noté que no sentía  
 Mi corazón desde hacía mucho tiempo,  
 Y sentí que te perdía para siempre,  
 Con la horrible certidumbre de estar despierto,  
 Y grité tu nombre  
 Con un grito interno,  
 Con una voz extraña  
 Que no era la mía, y que estaba muy lejos.  
 Y entonces, en aquel grito,  
 Sentí que mi corazón muy adentro,\*  
 Como un racimo de lágrimas  
 se deshacía en un llanto benéfico,  
 Y que era el dolor de tu ausencia  
 Lo que había soñado despierto.

La «Oda al Amor» es otro hermosísimo canto, una definición del amor concebida en estos términos:

Implacable ansiedad de querer tanto,  
 Fatal delicia de seguir queriendo;  
 Amor terrible con tu mismo encanto.  
 Porque es así que sin pavor ni estruendo,  
 Viene y nos clava el peligroso infante,  
 Tras la gota de miel, dardo tremendo.